

## Euskadi y Europa ante la Gran Depresión 2.0.



*Alberto Alberdi Larizgoitia (Economista)*

*La responsabilidad de esta crisis está compartida por un elenco mucho más amplio: políticos nacionales, gobiernos extranjeros, economistas como yo mismo, y personas corrientes como usted. Además lo que nos ha afectado a todos ha sido una especie de histeria o manía colectiva. Lo que resulta un tanto alarmante es que cada uno de nosotros hizo lo más sensato de acuerdo con los incentivos que teníamos. Pese a la creciente evidencia de que la situación se estaba torciendo, todos nos aferramos a la esperanza de que las cosas iban a salir bien, puesto que nuestros intereses dependían de ese resultado. Sin embargo, colectivamente nuestras acciones llevaron a la economía mundial al borde del desastre, lo cual volverá a repetirse a menos que seamos capaces de reconocer los errores y tomar las medidas necesarias para corregirlos”*

**Raguran Rajan**

“Occidente vive una crisis de confianza no una crisis del capitalismo”, nos dice el Ministro de Hacienda británico [George Osborne](#); y el Comisario Europeo [Olli Rehn](#) lo confirma en Davos: “la consolidación fiscal es necesaria porque la crisis es esencialmente una crisis de confianza”. Ambos están repitiendo algo que por lo demás ya había sido dicho enfáticamente unos meses antes por el Ministro de Hacienda alemán [Wolfgang Schäuble](#) “restaurar la confianza en nuestra habilidad para recortar el déficit es un prerrequisito para un crecimiento sostenible y equilibrado...esta es la lección de la reciente crisis”. Podríamos seguir con citas similares hasta agotar prácticamente la lista de esta conservadora Europa de los 27 de la que quizá no se excluirían ni los dos únicos gobiernos de centro-izquierda. Todos los que están pilotando la nave en este tiempo de crisis están de acuerdo en el diagnóstico y siendo ello así no deberíamos estar lejos de las respuestas adecuadas y por tanto de la salida de la crisis. Ahora bien, que estén de acuerdo no significa que estén en lo cierto, porque en la política como en la economía y en las finanzas cada vez son más comunes los comportamientos del tipo “banco de peces”, todos en la misma dirección, lo que no excluye como bien hemos comprobado estos años que la misma conduzca directamente hacia el desastre. Pongamos por ello estas sesudas declaraciones bajo el tamiz del

sentido común: ¿Hay una crisis de confianza? Naturalmente; si hubiera confianza no habría crisis. Pero claro más allá de una perogrullada lo que estos líderes europeos deben querer decirnos es que las deprimidas expectativas de hoy están colgando de sí mismas; vamos, que no tienen una base objetiva, al menos no otra que no sean los elevados déficit públicos que deben ser rápidamente corregidos para dar rienda suelta al crecimiento. Es con este tipo de razonamiento como en el nuevo siglo que vio desvanecerse el llamado “consenso de Washington”, la ideología con la que el FMI maltrató sin resultados al mundo en desarrollo y en particular a América Latina, ve la luz lo que podríamos denominar un nuevo “consenso de Bruselas” que inspira los drásticos programas de ajuste de las autoridades europeas que se sustentan en las mismas ideas: disciplina presupuestaria a toda costa, recortes del gasto sobre todo social y prioridad al vinculado directamente al crecimiento, reformas impositivas regresivas, privatizaciones, tipos de interés a largo plazo dejados al mercado, liberalización generalizada y desregulación del mercado de trabajo. Pero cuidado, no se malinterprete lo anterior, porque no se trata de oponer a esta visión ideológica otra de signo contrario que niegue por sí misma todas esas líneas de reforma. Sería caer en el mismo error de vender ideología por ciencia económica, cuando de lo que se trata es de poner de relieve que la experiencia nos ha enseñado que el problema del desarrollo, lo que hoy llamamos competitividad, es complejo, que esa receta del “consenso” está llena de fracasos, y que ideas como la “austeridad expansiva” y la “deflación salarial impulsora del crecimiento” aplicadas con generalidad son lo que parecen: perfectos ejemplos de un oxímoron.

Pero es que sobre todo estamos ante un error de perspectiva. Después de cuatro años de severa recesión y con mucha crisis por delante, no es justo que nos despachemos con que esto que vivimos es una recesión grande, la Gran Recesión, sino que deberíamos reconocer sin ambages que lo que nos enfrentamos merece por derecho propio el nombre de la Gran Depresión 2.0. Es cierto que sus consecuencias no revisten el mismo dramatismo de la correspondiente al siglo pasado, pero sus raíces son igual de profundas y si sus formas son más suaves ello tiene que ver con el contexto y la gestión de las políticas y en particular con los siguientes factores: el freno a la escalada proteccionista, la práctica de políticas fiscales y monetarias más cabales, la existencia de tensiones en los precios de las materias primas y el petróleo que

alejan el riesgo de la temida deflación y, finalmente, la emergencia de nuevas economías en fases tempranas pero firmes de la industrialización, que tienen gran peso y están relativamente aisladas del núcleo de la crisis de las economías avanzadas.

Es precisamente la profundidad de sus raíces la que hace duradera la recesión, porque no se trata sólo de la crisis de la deuda soberana, en la que ponen el foco los políticos conservadores, se trata de que todavía no hemos dominado la crisis bancaria, de que la parálisis del crédito es patente y, sobre todo, de recordar que los niveles de endeudamiento de familias y empresas han alcanzado niveles extraordinarios lo que supone que sólo un fuerte proceso reducción de balances a través del desapalancamiento para poder sentar las bases de una reactivación del crédito y del crecimiento.

Un reciente estudio de [McKinsey](#) sobre la experiencia histórica pone de manifiesto que estos episodios de desapalancamiento han tenido una duración de entre cinco y siete años y que siempre han sido dolorosos porque han lastrado profundamente el crecimiento económico. Además, en una reciente actualización del mismo ([Working out of debt](#)) se apunta a que los países de nuestro entorno más cercano, Francia, Gran Bretaña, Italia y España han sido protagonistas destacados de esa explosión de deuda. La economía española en particular, experimentó un crecimiento extraordinario de su deuda desde el entorno del 200% del PIB hasta más del 350% en los ocho años anteriores a la crisis financiera, a pesar de coincidir con un periodo de reducción de la deuda pública; y lo que es más importante, a pesar del enorme ajuste en los niveles de gasto apenas se han hecho progresos significativos en su reducción en el tiempo transcurrido desde entonces.

Esta no es por tanto una situación que se corrija con la consabida recomendación de austeridad y una rápida consolidación fiscal, que no hace sino agravar la situación del sector privado. Al contrario, lo que procede es gestionar los tiempos como lo está haciendo Estados Unidos, dando un margen para la recuperación del sector privado y aprovecharlo para poner en marcha un amplio abanico de medidas que permitan aliviar el peso de la deuda y una recuperación del crecimiento del crédito que en la economía empresarial capitalista es el principio de todas las cosas. Sobre estas medidas y las vías de salida volveremos más

adelante, pero antes merece la pena volver la vista al pasado para entender la situación actual y el futuro posible.

### **Las causas remotas de la crisis actual**

Esta explosión de la deuda producida a lo largo de los últimos veinte años es lo que se ha dado en llamar la *financiarización* de la economía. Un proceso que consiste en una expansión desmedida de los activos y pasivos financieros de la economía para generar un mismo volumen de valor añadido, al tiempo que se absorbe una mayor proporción del mismo por el sector financiero. La justificación de estas tendencias venía sostenida por la hipótesis de la eficiencia de los mercados y la capacidad de la innovación financiera para asignar el riesgo a quien mejor puede soportarlo. Paul Volcker que fue presidente de la Reserva Federal ha dicho que no conoce más innovación financiera que el cajero automático, a la que habría que añadir sin duda la banca por Internet. Por eso creo que la mejor manera de explicar todo esto no pasa por un despliegue de erudición sobre la montaña de literatura disponible sobre la crisis, sino que es mejor el recurso al humor que el lector agradecerá y al que por ello invito a visitar un excelente programa de la [BBC, Last laugh](#), que recomiendo vivamente y que es accesible al incluir subtítulos en castellano.

La financiarización ha sido finalmente una respuesta fallida a la Gran Crisis y a la Gran Inflación de finales de los setenta y principios de los ochenta, cuyo origen en los países centrales de Europa y en Estados Unidos se remonta a una década antes, siendo grandes hitos asociadas a ella el estallido del mayo de 1968 y el fin del sistema de Bretton Woods con la inconvertibilidad del dólar declarada por Nixon en 1971. Aquella Gran Crisis tuvo su origen en un descenso de la rentabilidad del capital, una reducción sensible de la productividad a lo que luego se superpuso la fenomenal crisis del petróleo que desde hace treinta años no nos ha abandonado. La energía es sin duda una clave explicativa del éxito del capitalismo de aquella *Edad de Oro* que tocó a su fin entonces, pues fue su uso intensivo con ayuda de las máquinas dentro del sistema de producción llamado *fordista*, lo que permitió ganancias de productividad notables que suavizaron el conflicto social en torno a la distribución de la renta. Cuando se fue desvaneciendo la magia de la productividad nos encontramos con el marasmo de la Gran Crisis: vuelco en la distribución de la renta en contra del capital ( en

Euskadi y en España), crisis de rentabilidad y de la inversión, paro masivo, sobre todo en Europa, y una crisis fiscal de enjundia que duró casi una década. En nuestro caso, la integración económica en Europa en 1986 fue el primer revulsivo para la vuelta al crecimiento, luego la globalización y la *financiarización* culminaron la tarea.

Con un revés importante debido a la recesión de principios de los noventa, lo cierto es que quienes, en vísperas de la crisis financiera sistémica de 2008, estábamos concentrados en la economía productiva y en construir un modelo competitivo de País, veíamos con optimismo el desempeño de la economía vasca: conseguimos, la convergencia en renta con Europa, luego la convergencia en el empleo, estábamos en puertas de conseguir la convergencia tecnológica y defendíamos nuestras cuotas de exportación en los mercados mundiales al tiempo que nacían y se desarrollaban las pequeñas multinacionales vascas en Mexico, China, Brasil, Europa del Este, Estados Unidos y otros países. Sabíamos de algunas amenazas latentes: un boom inmobiliario desmedido, un desequilibrio exterior de la economía española que alcanzaba los dos dígitos del PIB, un crédito hipotecario que incluso en Euskadi creció a cifras cercanas al 20% anual, por no hablar de los ecos de preocupación por un sistema bancario en la sombra en los centros financieros cuyos riesgos sólo entendían algunos círculos de especialistas ligados al Banco Internacional de Pagos de Basilea. Fue así como toda esta historia de treinta años, (descrita en [Alberdi 2010](#)) acabó como nadie se imaginaba, de la mano de una crisis financiera internacional que encontraba no tanto en la economía vasca como en su entorno unas debilidades señaladas y un terreno fértil para su desarrollo.

Volvemos así al presente que unas líneas más arriba abandonamos, pero dándonos cuenta de que en alguna medida esto parece un regreso al pasado. La historia no se repite pero suena: la profundidad de la crisis ha dejado exhaustas las arcas públicas y nuevamente tenemos una crisis fiscal de grandes proporciones, la rentabilidad del capital, que se recuperó porque hubo un vuelco del vuelco en la distribución, esta vez en favor del capital, no se sostiene una vez que el crecimiento dirigido por las finanzas de carácter extensivo – la marea que pone a flote todas las embarcaciones - debe ceder su protagonismo a la productividad. Y es que la productividad ha seguido su senda menguante de modo que frente a las doradas cifras del 2,5%, hoy un 1% es un registro estimable

(los valores recientes han sido nulos o negativos en la economía española), porque en definitiva la promesa de la revolución de las nuevas tecnologías no demuestra tener ni de lejos el poder de la energía y las máquinas de la *Edad de Oro* del capitalismo.

Pero por supuesto muchas otras cosas han cambiado: aunque por fortuna en Euskadi sigue siendo todavía en buena medida un país de empresarios, no se puede desconocer que el capitalismo empresarial ha dado paso a un capitalismo financiero en el que los *managers* son los nuevos capitanes de empresa. Estos se aprovechan de la siempre difícil relación principal-agente, en la que el principal es a menudo a su vez agente, para apropiarse de una parte desproporcionada del valor, crear una alianza patrimonial con los hilos que mueven los mercados a escala internacional, condicionar a los gobiernos y capturar al regulador, como bien prueba lo ocurrido con el mundo de las finanzas. Se trata de un cuadro coherente: la hegemonía del capitalismo patrimonial y *managerial* internacionalizado ha conseguido la desfiscalización de las rentas del capital en una patente burla no ya del principio de progresividad sino del de igualdad consagrado en las constituciones ( véase el artículo [No son partidarios](#)); al mismo tiempo, la presión de la globalización lastra las remuneraciones y las condiciones del trabajo menos cualificado de una fuerza laboral cada vez más fragmentada, con lo que el resultado es un deterioro de la distribución de la renta. La cuota de los salarios en la renta ha perdido 10 puntos porcentuales en los últimos treinta años en la Europa de los quince, y en España por primera vez en la historia el INE da cuenta de que en las cuentas nacionales del último trimestre de 2011 las rentas del capital han superado a las del trabajo en su peso en el PIB. Todo ello, claro está, no hace sino agudizar la crisis fiscal y debilitar la demanda agregada que una vez pasada la explosión del crédito no puede sostener el crecimiento con lo que se prolonga la depresión.

Y aún queda otro aspecto diferencial de gran importancia respecto al pasado que es la nueva realidad de la Unión Monetaria nacida en 1999. Lo que en las crisis anteriores hubiese significado una crisis cambiaria con una segura y probablemente efectiva devaluación, como ocurriera por última vez a principios de los años noventa, ya dentro del euro se ha convertido en la crisis de la deuda soberana que amenaza a las economías más débiles y la propia continuidad de la

unión monetaria. Por eso debemos desplazar nuevamente la mirada al escenario europeo por el que empezamos.

### **La insoportable incapacidad de la Unión Europea**

Volvemos pues a Europa, a sus líderes y a la cuestión de la confianza. Cuando los brillantes pilotos de esta Europa del “consenso de Bruselas” dicen que esto es una crisis de confianza, se les puede conceder un punto de razón justo en lo que se refiere a que hemos perdido la confianza en su capacidad para gestionar la crisis. Esa incapacidad es tan evidente que [The Economist](#) se atreve a preguntarse retóricamente: “¿Quién de entre las mediocridades de hoy puede pretender ser un nuevo Hamilton?” Hamilton fue aquél histórico secretario del tesoro americano que en 1789 ante una crisis similar decidió asumir la deuda de las excolonias, establecer impuestos comunes y con ello impulsó la construcción federal de los Estados Unidos. Naturalmente, la respuesta es que no es que no lo pretendan es que ni se les ha pasado por la cabeza, porque como dejan muy bien a las claras, lo que entienden por una unión fiscal es un mero poder de supervisión y control pero nada que tenga que ver con deuda, ingresos y gastos comunes.

El desenvolvimiento de la crisis de la deuda soberana no sólo ha puesto de manifiesto los fallos institucionales de la Unión Monetaria que el primer ministro británico David Cameron ha resumido excelentemente este año en la cita de Davos. Una unión monetaria debe contar con: 1) un prestamista de última instancia para el Estado, 2) flexibilidad e integración económica, esto es, movilidad de los factores para enfrentarse a shocks específicos, y 3) transferencias fiscales y deuda común. Y acontece que la zona euro no es que carezca de alguno de ellos, es que no tiene ninguno. Y lo peor no acaba ahí, sino que de lo que no carece es de la rigidez y el prejuicio ideológico que impide utilizar los instrumentos disponibles en la dirección requerida, por no decir la capacidad de promover un cambio institucional que remedie tal situación ([Europa encadenada](#)).

Si a todo ello se añade que semejante inoperancia se mezcla con un problema de legitimidad democrática, debido al exorbitante papel político del Banco Central Europeo y a una creciente dinámica intergubernamental a dos, por no hablar

claramente de dominación de uno ([Una Europa alemana](#)), que amenaza con desatar los peores resentimientos entre las naciones de Europa.

Al verse desbordada por la magnitud de la crisis, Europa no ha hecho sino aferrarse con un dogmatismo acrecentado a sus normas de estabilidad presupuestaria – el mal llamado Pacto de Estabilidad y Crecimiento de 1997 reforzado hoy con el nuevo Pacto fiscal a 25 - y a la deficiente concepción y operativa de inspiración germana de lo que debe ser un banco central, ejemplificada en el Banco Central Europeo. La insistencia en la rápida corrección de los déficit ocasionados por el derrumbe ha tenido como resultado una recaída en la recesión, en tanto que el absentismo del BCE, no ya de su papel de prestamista de última instancia, prohibido por el Tratado, sino de garante de unos tipos de interés a corto y a largo plazo compatibles con la gravedad de la situación, ha puesto contra las cuerdas a la deuda soberana de los estados del sur amenazando la supervivencia del euro. Primero fue la desastrosa gestión de la crisis griega, un caso claro de insolvencia que debió abordarse desde el principio mediante una reestructuración de la deuda y un paquete generoso de ayuda real. En esta Europa que en principio incluso trató de hacer negocio con el primer paquete de rescate, aplicando un alto margen de intermediación, el concepto de solidaridad y ayuda no existe, de modo que se niega la ayuda necesaria para impulsar la competitividad de su economía y con las medidas de austeridad se profundiza su recesión y finalmente en la imposibilidad de resolver la situación. Ahora que se acaba de aprobar el Rescate II ya sabemos que sobre estas bases habrá un Rescate III. Y si esto ocurre con Grecia, el resto de países se han visto también en dificultades por la negativa del BCE a intervenir masivamente en los mercados de deuda a largo plazo para abortar los movimientos especulativos que disparaban la prima de riesgo haciendo la insostenible la deuda pública y poniendo en riesgo la continuidad del euro.

Al final ha sido la vuelta del riesgo sistémico por la desconfianza existente entre los bancos, la que ha servido al menos para que el BCE haya encontrado la vía para estabilizar los mercados de deuda de una forma indirecta que no despierta la ira alemana: ha prestado medio billón de euros al 1% a un plazo de tres años a la banca, una operación que se dispone a repetir en breve, logrando que esta no dependa de los mercados de emisiones y facilitándole una rentable adquisición de deuda pública. Tan inusual y favorable trato de las llamadas “long-term



refinancing operations” (LTRO) le ha parecido hasta humillante al mismísimo presidente del Deutsche Bank: después de todo la banca puede crear y prestar su propio dinero sin necesidad de que se lo proporcione el banco central, cuyas intervenciones ordinarias se deben limitar a proveer de liquidez a corto plazo. Lo cierto es que con semejante holgura financiera se han calmado los mercados, los depósitos de los bancos excedentarios en el propio BCE se han disparado, pero contrariamente a la opinión corriente, ello no influye en el apalancamiento de la banca y en consecuencia no contribuye a acabar con la sequía del crédito al sector privado.

En cualquier caso, parece que en estos momentos se ha producido una relajación en esta especie de “juego del gallina” (*game of chicken*) de la película de James Dean, en el que la presión del BCE y las autoridades europeas sobre los estados era llevada hasta el extremo de quedar cerca de una muerte mutua asegurada. Parece que los estados del sur están virando sus vehículos para evitar el choque final: en Italia el primer ministro Monti acomete un ajuste del déficit de nada menos que el 4% del PIB, y si las autoridades europeas no hacen un viraje de última hora en España podrá producirse lo que [Dumas](#) ha calificado como un auténtico “full Monti”: el mismo importe pero en un solo año, con consecuencias recesivas que es fácil imaginar.

Además, en el caso griego el juego del gallina está ya rozando límites más extremos todavía. El economista griego [Yanis Varoufakis](#) ha escrito en la prensa alemana un convincente alegato recordando el enorme paralelismo entre la presente situación de Grecia y la de la propia Alemania tras el tratado de Versalles cuyas consecuencias fueron tan certera y proféticamente descritas por Keynes. La responsabilidad de Grecia sobre el lamentable estado de sus finanzas es indiscutible, pero lo que el país heleno precisa hoy no es la arrogancia de quien humilla al vecino en sus errores sino una solidaridad económica real que acompañe a una carga de austeridad que de otro modo será imposible de soportar.

La incapacidad de la Unión Europea es un drama porque es en ese nivel institucional y sólo en él dónde residen los principales resortes para desplegar políticas que suavicen la depresión. Europa tiene que velar porque no se desencadene una espiral proteccionista, porque se exploten más a fondo las

posibilidades de la política monetaria con tipos a corto y largo muy bajos, porque se acompañen los procesos de reducción de los déficits a la marcha de la economía, porque se impulsen procesos de reestructuración de la deuda soberana y se facilite a los estados la capitalización bancaria desde los fondos de estabilidad. Pero sobre todo, es Europa la única que puede promover ahora un verdadero *New Deal* europeo que restablezca la progresividad fiscal y promueva un paquete de gasto relevante en términos del PIB, que impulse nuevas infraestructuras, el capital humano y la I+D+i, y que tenga una especial incidencia en los países en dificultades. La solución a lo Hamilton, esto es, la tan traída y llevada sindicación de la deuda a través de los eurobonos es una solución menos realista que esa propuesta de keynesianismo europeo. Por más que estuviera en peligro el edificio común, es difícil que nosotros mismos aceptáramos la sindicación de nuestra hipoteca con la de nuestros vecinos, menos todavía sabiendo que atraviesan por dificultades; pero sí es razonable suponer que podemos lanzar un programa urgente de actuación financiado con una deuda común.

Lamentablemente nada de ello está hoy en la agenda y la última decepción ha llegado estos días. Cuando parecía que algunos líderes europeos querían recuperar la dignidad frente a su exclusión de ese *game of chicken* de Merkel y Sarkozy, resulta que bajo el pretexto de un alegato en favor del crecimiento los doce países signatarios no hacen sino una propuesta vacía en torno al mercado interior tan continuista como uno se puede imaginar con la línea habitual de irrelevancia a la que la Comisión Europea nos tiene acostumbrados desde hace tiempo.

Dicen que una recesión tiene lugar cuando el vecino pierde su empleo y una depresión cuando perdemos el nuestro. Creo que esto explica bastante la forma miope en que se están abordando las cosas en Europa, pero quizá por ello mismo, y parafraseando a Ronald Reagan, habrá que decir que la recuperación llegará cuando Sarkozy, Merkel y estos otros líderes pierdan el suyo.

Entonces será posible no sólo impulsar la recuperación sino reformar las instituciones europeas para dar vida a un gobierno representativo que cuente con la legitimidad de un Presidente electo. Entonces esa renacida Europa comprenderá que la estabilización económica del futuro debe pasar por que exista un papel para los estabilizadores automáticos, y que en consecuencia además de

poner en marcha fondos de estabilización económica debería implantarse un seguro de desempleo a escala europea como seña de unidad y solidaridad.

Mientras tanto las reformas en el interior de los estados quedan en un segundo plano ya que como en el caso de España no van a tener efectos sino a medio y largo plazo. El crédito seguirá teniendo dificultades a corto plazo y la extrema dureza de la reforma laboral en un contexto recesivo agudizará el paro y nos asomará a la deflación. Es cierto que puede que puede conseguir frenar los altos incrementos nominales (no los reales) de costes laborales y precios que han comprometido la competitividad desde el nacimiento del euro, pero entrañará unos riesgos enormes. Porque si la austeridad sigue enseñoreándose de toda Europa y las políticas de deflación salarial no resultan acompañadas por ese *New Deal* europeo; es decir, si como apunta un excelente número especial del [Cambridge Journal of Economics](#) volvemos a cometer los mismos errores de nuevo, entonces la Gran Depresión 2.0 puede tener consecuencias devastadoras para las esperanzas y el bienestar de una buena parte de la población de Europa.

### **La respuesta desde Euskadi**

En el mundo global y cuando de macroeconomía se trata, Europa es el tablero en el que se juega la partida principal. En Euskadi hicimos los movimientos que nos correspondían con paquetes de estímulo y sobre todo vimos cómo operaban también los estabilizadores automáticos, por el lado del ingreso con una pérdida de tres puntos de presión fiscal no recuperada, y con un aumento de las prestaciones sociales. Teniendo en cuenta la propia política de estabilidad europea y estatal y que los niveles de deuda dejan sentir sus efectos, ya no sólo no hay margen para políticas de gasto sino que nos enfrentamos a un ajuste continuo cuya severidad dependerá del contexto europeo y estatal que como vemos no es alentador. La economía vasca tiene sin duda una mayor resiliencia, por la capacidad competitiva de su fuerte industria, por el grado de internacionalización alcanzado, porque el desequilibrio del mercado de trabajo, aún siendo serio no se ha desbordado, y porque los progresos realizados en el sistema de innovación en la última década nos pueden permitir retornar a los avances de productividad del entorno del 1% o superiores a poco que el contexto acompañe.

Ahora que tanto se habla de Alemania conviene recordar que en Euskadi tenemos un PIB por habitante y una productividad claramente superiores (136 frente a 116 y 130 frente a 105, computados en paridad de poder de compra) y una industria con peso similar en la estructura productiva, aunque es cierto que estamos a distancia de los Lander avanzados tanto en industria como en I+D y que la modernización de nuestro mercado de trabajo tiene mucho camino por delante. Pero lo que me interesa destacar ahora es una gran debilidad que compartimos con la economía española que ya he mencionado antes: los altos crecimientos nominales de costes laborales y precios, no de los reales que son los determinantes a la hora de considerar la distribución del valor añadido entre capital y trabajo, pero sí los que afectan a la competitividad relativa en una unión monetaria. En la década transcurrida desde el nacimiento del euro hemos tenido un incremento del entorno del 45% por un 33% de la zona euro y un 18% de Alemania, entre otras razones porque los precios han crecido el doble que allí. Si se frenan esos altos niveles crecimiento nominal y se recuperan los avances de productividad asociados al impulso de la Segunda gran transformación económica de Euskadi podemos tener ante nosotros un favorable contexto competitivo, que previsiblemente se completará con una mejor posición del tipo de cambio del euro frente al dólar y los países emergentes. Este escenario no tendría en ningún caso el brillo del pasado: el crecimiento será modesto tanto el de carácter intensivo (productividad) como el de carácter extensivo (empleo). Y no sería un mal futuro si no pesara sobre él la enorme contingencia de la lamentable situación de la economía española, a la que dirigimos la mitad de nuestras exportaciones, y el propio contexto recesivo europeo que amenazan con retrasar este escenario al 2014 o el 2015.

El problema es que esta Euskadi de la depresión se mueve en un marco de parálisis y confusión tan grande como el de la propia Europa. Pese al tan esperado final de la violencia, y aunque aparecen algunos signos de los dividendos de la paz, la somnolencia es generalizada y lo que domina es un sentimiento de pesadumbre por la que tenemos encima y una pérdida completa de visión a medio y largo plazo.

Euskadi está viviendo de un modelo institucional y económico del pasado que no se proyecta hacia el futuro y cuyos rendimientos decrecientes son tan palpables que se atisba ya su pronta desaparición. Tanto la Euskadi desgarrada de la lucha

contra el terrorismo como la de la intensa confrontación política del pasado reciente contaron con mayor impulso innovador que esta macilenta de hoy, transida de juegos estratégicos para posicionarse ante un futuro que no llega y que consumen las pocas energías creativas que tanta falta nos hacen para salir adelante. Algunos progresos en la esfera económica y social como los traspasos de I+D y las políticas activas no pueden ocultar que las [Razones Económicas para un nuevo Marco Institucional](#) siguen más vigentes que cuando se enunciaron en la anterior legislatura, que tanto o más importantes son las razones políticas a favor de una normalización que exige contar con la voz de los que un día se excluyeron, o que sencillamente, como hubiera dicho Jefferson, las nuevas generaciones tienen derecho a diseñar un nuevo modelo para un mundo que gobernará sus vidas y que amenaza con tratarles con inusual dureza.

La segunda transición política debe impulsar la segunda transformación económica. Y para ello, la reforma institucional de ese período constituyente deberá proseguir con la de la articulación y la gobernanza internas y junto a ellas con la de las políticas públicas y la reforma de la administración. No podemos fiar el futuro a unas políticas que en el marco actual estaban basadas en la abundancia de recursos sino que tenemos que impulsar un enorme esfuerzo de innovación institucional y pública.

Junto a las instituciones consideradas en sentido amplio el otro pilar desarrollo son los valores. La equidad y la solidaridad son valores que todo el mundo reclama para su ideario, pero en la realidad están sufriendo un evidente desgaste, como muestran la evolución de la fiscalidad y de la protección social. Más grave aún es la pérdida de relevancia de los valores del esfuerzo individual y de la cooperación (en la empresa, en la política...) sin los cuales es imposible una sociedad avanzada. Es absolutamente necesario tomar conciencia de que el impulso de todos estos valores es lo que nos podrá permitir conjugar la construcción libre de la identidad personal con la de una identidad comunitaria nacional compartida que mutuamente se refuercen.

No nos “aferremos a la esperanza de que las cosas van salir bien” porque sí, o como hubiera dicho Keynes, no permanezcamos a la espera de lo inesperado confiando en que cuando pase la tempestad habremos recobrado la calma. Pongamos ya en marcha el proceso de cambio en Euskadi y en Europa. ¿A qué estamos esperando?